

M E M O R A N D U M.

Por el mes de junio del año próximo pasado, estando el Sr. don Ignacio P. Gaxiola en la Ciudad de Nueva York, a instancias del Sr. Richard M. Burke, amigo íntimo del Arzobispo Molloy de Brooklyn, hablé con el Sr. Gaxiola participándole que el Sr. Burke aseguraba estar capacitado para ayudar a la solución del problema religioso en México. Con este motivo nos reunimos a cenar en casa del Sr. Butler, Abogado del Arzobispado de Brooklyn, asistiendo el Sr. Burke, el Arzobispo Molloy, el Sr. Gaxiola y el suscrito. Como resultado de esta entrevista, el Sr. Gaxiola ofreció poner el caso a la consideración del Sr. Gral. Obregón, como lo hizo. El General Obregón manifestó entonces por conducto del mismo Sr. Gaxiola que no tendría ningún inconveniente en recibir al Sr. Burke para tratar el asunto, pero actuando el General Obregón con su simple carácter de particular. La idea del General Obregón al recibir al señor Burke, era que personalmente se diera cuenta de la verdadera causa del conflicto y desde luego le remitió para el objeto, por conducto mío, una copia del documento que se acompaña a este memorándum. Este documento fue remitido posteriormente por el Arzobispo Molloy a Roma, surtiendo su efecto, pues dió por resultado que en Roma hasta entonces vinieron a darse cuenta de la verdad.

Hizo su viaje a Sonora el Sr. Burke, para hablar con el Gral. Obregón y éste le dijo que por su conducto se hiciera saber a Roma que se recomendara al alto clero mexicano que no tomara participación alguna en la política del país; que si atendían a esta indicación, el Gral. Obregón no tendría inconveniente en ayudarlos ante el señor Presidente Calles, pues él no se sentía autorizado para arreglar el problema. Además, recomendó al Sr. Burke que hiciera un recorrido por el país para que llevara una fiel impresión de los hechos.

Regresó el Sr. Burke a Nueva York y puso al tanto al Arzobispo Molloy del resultado de su viaje y posteriormente, según me dijo a mí el Arzobispo, a su vez se comunicó con el Cardenal Gaspari de Roma informándole sobre este particular. Además le pidió una autorización escrita para venir a México a tratar el asunto. El Sr. Burke a su vez me dijo que el Gral. Obregón le había ofrecido tratar de arreglar en México una entrevista entre el señor Presidente Calles y el Arzobispo Molloy.

Mientras la autorización se recibía, una ocasión estuvieron en mi casa de Brooklyn el Arzobispo Molloy y el Obispo Pascual Díaz de Tabasco. El Arzobispo dijo a Díaz que aunque se hallaba muy ocupado con las atenciones de su Arzobispado que era uno de los más grandes del mundo, pues abarca más de trescientas sesenta iglesias, tenía la mejor voluntad de ayudar al arreglo del conflicto religioso de México, porque se trataba nada menos que de un conflicto de hermanos y que si él (Díaz) no tenía inconveniente, que se dirigiera a Roma por su parte diciendo que se hallaba de acuerdo en que se le mandara la autorización pedida. Pascual Díaz, exponiendo una serie de disculpas, se opuso a ello. El

Arzobispo, entonces, propuso que Díaz viniera a México junto con él dirigiéndose ambos a Roma pidiendo la autorización para los dos. Díaz dijo que esto sí lo aceptaba pero que de antemano él sabía que no lo iban a recibir en México. A esto le dije yo que no tenía caso entonces que pidiera a Roma autorización para él y que dejara que el Arzobispo Molloy viniera solo, a lo cual Díaz dijo que lo iba a consultar con sus compañeros y no volvimos a saber más de él.

Después recibí aviso el Arzobispo de que podía venir a México a tratar el asunto—^{pero} aún no recibí la autorización de Roma y no pudo hacer el viaje. Poco después la recibió y entrevistó al General Obregón en Nogales. En esta entrevista al General Obregón le dijo que en aquellos momentos no le parecía oportuno que tratara el asunto con el Sr. Presidente porque acababa de pasar el levantamiento de los Grales. Gomez y Serrano y por la excitación en que se hallaba el país en esos momentos consideraba que debería posponerse la entrevista para más adelante. Entonces el Arzobispo le dijo que si deseaba que se dejara el asunto pendiente hasta cuando él llegara al Poder y el General Obregón le contestó terminantemente que por ningún motivo aceptaría tal cosa porque consideraba que el asunto debía quedar solucionado durante la Administración del señor Gral. Calles.

En Enero del año actual vine yo a México y al pasar por Celaya hablé con el Gral. Obregón que iba rumbo a Sonora. El señor Gaxiola me hizo la advertencia de que después del atentado dinamítico creía que no hallaría al General Obregón en disposición de ánimo para tratarle el asunto, pues no habían cumplido con su indicación de que no debían intervenir en asuntos políticos. A pesar de esta advertencia me decidí a hablarle haciéndole en los siguientes términos: "El General, me voy a permitir tratarle un asunto que si no le gusta oírlo puede usted callarme la boca". El me contestó: "Puedes decirme todo lo que quieras que no te callaré". Entonces yo le manifesté que antes de mi salida de Nueva York había hablado conmigo el Arzobispo Molloy diciéndome que en vista de la política que le estaba haciendo en Roma el alto clero mexicano, el Delegado de Roma en Washington y algunos miembros del alto clero americano que no comprendían porque tomaba él tanto interés en los asuntos de México, y debido también a que notaban que él estaba haciendo luz en el asunto ante Roma, ya se había dirigido a Roma desistiendo de su intervención, pero que de Roma le habían contestado que no aceptaban su desistimiento y que ya se dirigían al Delegado de Washington y al Obispo Pascual Díaz para que lo ayudaran en su gestión; que el Arzobispo Molloy quería saber ~~que~~ si en opinión del General Obregón debía tratarse luego el asunto o se dejaba para cuando tomara posesión del Gobierno. El General Obregón me repitió que deseaba que este problema lo resolviera el señor Presidente Calles; que él iba a Sonora y que a su regreso hablaría con el Sr. Presidente aunque no podía saber bajo qué estado de ánimo lo iba a encontrar porque se hallaba muy disgustado por las bombas que le habían arrojado. En caso de que arreglara la entrevista, me ofreció avisar para traer a los interesados; Me dijo además el General, que si en Roma verdaderamente deseaban tratar de buena fé, con sólo cinco minutos bastarían para llegar a un entendimiento.

Después de lo anterior, regresé a Nueva York, volviendo a México en el mes de abril. Encuntrándose entonces en México el General Obregón, y el Sr. Gaxiola, supliqué a éste que preguntara al General si

tenía algo que comunicarme en relación con su plática con el señor Presidente. El Sr. Gaxiola me dijo que el General no deseaba por entonces tratar el asunto. Por otra parte, de Nueva York se me informó que habían recibido cable de Roma notificándoles que el señor Embajador Morrow estaba ya tratando el asunto con el Gobierno Mexicano. Al saber yo esto me apresuré a telefonar a Nueva York pidiéndoles que prestaran toda su ayuda si se hacía necesaria.

A fines del mes de junio o principios de julio, fui a Sonora encontrando ahí al General Obregón. Estando en Sonora recibí un mensaje del Sr. Burke en el que me decía que lo esperara porque quería hablar con el General Obregón. Yo pregunté al General si estaba dispuesto a recibirlo y me dijo que sí, lo cual comunicué inmediatamente al Sr. Burke. En la entrevista que ambos tuvieron, el señor Burke dijo al General Obregón que el Arzobispo Molloy saldría en esos días para Roma y quería saber si en algo podía servir por allá y que en tal caso le dijeran si tenían algo nuevo que decirle. El General Obregón contestó al Sr. Burke que ya había dicho mucho lo mismo y que por lo tanto nada más tenía que agregar, pero que sin embargo volvía a recomendar que arreglaran el problema con el señor Presidente Calles porque si ellos no abrían los puños ahora, iban a encontrar los del Gral. Obregón más cerrados después; que le apreciaba inexplicable lo que ocurría, porque, por ejemplo, estando en México fué a verlo un jesuita de apellido Robinson, del Estado de Puebla, para que lo ayudara a arreglar unas dificultades que habían surgido entre el Gobierno de aquel Estado y el clero; que cuando ya el General Obregón tenía casi arreglado el asunto, lo echaron las bombas y con este motivo el Sr. Gral. Calles le dijo que ya veía cómo él quería ayudarlos y en pago le arrojaban bombas. Que lo que pasaba era que Roma no tenía quien le expusiera la verdad de los hechos, pues el alto clero mexicano que se compone de hombres de avanzada edad, por muchos años estuvo acostumbrado a dominar en México y no podía ahora acostumbrarse a marchar de acuerdo con el movimiento evolutivo actual. Que estos hombres iban a decir a Roma que el 95% de los mexicanos eran católicos pero no decían que el 95% de ese mismo 95% no estaba conforme de la manera de portarse de este clero, porque preferían abandonar a sus feligreses con tal de no cumplir con la Ley. Que los únicos sacerdotes que cumplían debidamente con su deber eran los sacerdotes de los pueblos pequeños. El señor Burke, entonces, dijo que si el Arzobispo Molloy lograba que los prelados volvieran a México a cumplir con la Ley, estaría dispuesto el General Obregón a arbitrar alguna pequeña diferencia que a los prelados les pareciera razonable. A esto respondió el General que él estaba actuando como simple particular y que este punto deberían tratarlo con el señor Presidente Calles y que los advertía que ni el Presidente Calles ahora ni él después, si llegaba al Poder, podían variar la Ley, pues era asunto de la exclusiva competencia del H. Congreso de la Unión; pero que sin embargo, si volvían a cumplir con la Ley desde luego, y se portaban bien, que el pueblo ya se encargaría de ayudarlos. Entonces el Sr. Burke le dijo que si el Arzobispo Molloy conseguía el regreso de los prelados bajo estas bases, estaría él dispuesto a presentarlos con el señor Presidente Calles y el General Obregón le ofreció hacerlo.

Días antes de la muerte tan sentida del General Obregón, el Arzobispo Molloy le escribió una carta que por haber llegado a la Av. Jalisco, donde él vivió, dos o tres días después de su muerte, el correo la devolvió al Arzobispo, pues éste la mandó certificada y con carácter personal. En esta carta el Arzobispo le pedía al General que

Lo confirmara la conversacion que di y el Sr. Durko habian tenido y que se relata en el párrafo anterior.

Con fecha 15 de noviembre recibí del Sr. Durko el siguiente mensaje:

"Telegrafíame si hay alguna oportunidad para arreglar el asunto ahora, pues el Arzobispo Hölloy se halla en muy buenas condiciones para arreglarlo de acuerdo con lo sugerido por el General Oregán. Voy si Ud. puede arreglar una entrevista en México entre el Arzobispo Hölloy, usted y yo, y el Sr. Llo. - Fortes 311. Notifíqueme la conveniencia de que Sr. Morrow tome parte en esta conferencia. El Arzobispo tratará de arreglar que Sr. Morrow salga. Contactación importante. Saludos."

Yo contesté a este mensaje que si desearan verdaderamente arreglar el conflicto, fueran ellos los que solicitaran venir a tratarlo para lo cual deberían telegrafíarme pidiéndolo así. En respuesta recibí del mismo señor Durko, con fecha 1/o. de diciembre, el siguiente otro mensaje:

"No pudo ver al Arzobispo Hölloy hasta hoy por la mañana y por esto no avanzó en contestar. Haga una cita para ver al señor Presidente y nosotros saldremos de aquí lo antes posible. El Arzobispo lo empleo, si obtiene Ud. la entrevista, espere en México hasta nuestra llegada, lo cual lo avisaré a usted. El Arzobispo desea saber si habrá alguna posibilidad para que el notici que a Sr. Morrow sea en visita, porque el Arzobispo es muy amigo de un íntimo amigo de Sr. Morrow en Nueva York. Todo lo tratado debe considerarse estrictamente confidencial."

Después de recibirlo este mensaje tuve una conversación telefónica con el Sr. Durko quien me dijo que en intención al sugerir que Sr. Morrow asistiera a la conferencia, se debía exclusivamente por el el 10 de mayo habíamos así lo quería, para correrla la corteza, en vista de que anteriormente había participado para la resolución del problema.

El amigo de Sr. Morrow a que alude en su mensaje me dijo que era Sr. Mohol, Presidente del National City Bank de Nueva York.

El Arzobispo Hölloy, según también me dijo el Sr. Durko, es un buen amigo de Sr. Hoover.

Debo recordar también, que al iniciar sus gestiones el Arzobispo Hölloy, con el Genl. Oregán, por conducto de Sr. Sanders, Secretario Parlatour de Sr. Coolidge, le pidió decir Sr. Coolidge al Arzobispo Hölloy que amigo él ordinariamente no podía ayudarle en el asunto, así verdad con mucho gusto en lo particular que el Arzobispo tuviera dicho en sus gestiones.

Por las diversas pláticas que he tenido yo con el Arzobispo Hölloy tengo la impresión de que en la persona más adecuada para un arreglo favorable, pues siempre me ha expresado la opinión de que los Prelados mericanos serían demeritados al pretender que el Gobierno reforme sus leyes favorables a ellos, pues equivaldría tanto como a que el Go-

bierno Mexicano aceptara su culpabilidad en la controversia existente. El Arzobispo Holloy me dijo una ocasión que esta opinión la había expresado al Cardenal Gaspari y que éste, confidencialmente, había estado de acuerdo con ella.

Suplico atentamente que este Memorandum se guarde bajo la más estricta reserva, por contener una serie de datos de tan considerable trascendencia para las personas que han intervenido en el asunto.

México, D.F., a 4 de diciembre de 1933.